

## Mis recuerdos de don Valentín García Yebra

My memories of Valentín García Yebra

Gerardo Piña-Rosales

Director honorario de la ANLE

**D**on Valentín García Yebra llegó a Tánger en 1955. Tenía entonces 38 años. Venía como director del Instituto Español (hoy Severo Ochoa), que había dirigido desde su fundación el profesor de literatura española José María López Aguilar. Ese mismo año, mi familia y yo emigramos a Marruecos, que a la sazón acababa de obtener su independencia de España y Francia. En Tánger, que hasta ese entonces había sido ciudad internacional, comencé yo a dar mis primeros pasos colegiales en el Grupo Escolar España (hoy Ramón y Cajal).

Unos años después, me llegó el momento de matricularme en el Instituto Español para cursar el bachillerato. El Instituto era un edificio de un estilo muy de posguerra, medio escurialense, medio africanense. Recuerdo la estatua —un busto de bronce— del Padre Betanzos, situada frente a la entrada porticada del colegio. El pobre obispo aparecía unas veces tocado de gorro moruno, otras abrigado con una bufanda de colorines, etc. Al traspasar las puertas del Instituto, uno se encontraba frente a un mostrador tras el que atendía M<sup>r</sup>abet, con su uniforme gris y su impresionante fez, siempre solícito y eficiente. A ambos lados del mostrador, en las paredes del vestíbulo de donde partían dos pasillos —uno hacia el aulario del piso superior y el otro hacia el coto y campo de deportes—, había unos frescos descoloridos: en un flanco, el enturbantado Ibn Batouta y el mapa de Marruecos; en el otro, Isabel la Católica, con una corona digna de Miss Universo y las torres de la Alhambra a lo lejos.

El primer día de clases, en el mismo vestíbulo del colegio, mi padre saludó a don Valentín. Don Valentín era un hombre de estatura mediana, de cejas circunflejas, traje gris y zapatos marrones de punta roma, muy lustrosos. Y más serio que un guardia civil. En seguida, después de preguntarme el nombre, con un marcado acento castellano (luego supe que era leonés), me mandó a que pasara por secretaría donde me dirían a qué aula tenía que dirigirme.

*Gerardo Piña-Rosales nació en La Línea de la Concepción (Cádiz, España) en 1948, y emigró a Marruecos en 1956. Hizo estudios superiores en el Instituto Español de Tánger, en la Universidad de Granada y en la Universidad de Salamanca, en España. Ya en Nueva York (donde reside desde 1973), se graduó por el Queens College de CUNY y se doctoró en el Centro de Estudios Graduados de esa misma Universidad con una tesis sobre la literatura del exilio español de 1939. Desde 1981 ejerce como Profesor de Literatura en la City University of New York. Es Miembro de Número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y su actual director, y Correspondiente de la Real Academia Española. Es también Correspondiente de la Academia Panameña de la Lengua y de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras, y Presidente Honorario de la Sociedad Nacional Hispánica Sigma Delta Pi.*

*Gerardo Piña-Rosales se estrenó como autor en 1984 con De La Celestina a Parafernalia: estudios sobre teatro español (1984). A esta primera entrega siguieron: Narrativa breve de Manuel Andújar (1988); De la catedral al rascacielos. Actas de la XVII Asamblea General de ALDEEU en Nueva York (1998), coed.; La obra narrativa de S. Serrano Poncela (1999); Acentos femeninos y marco estético del nuevo milenio (2000), coed.; 1898: entre el desencanto y la esperanza (1999), coed.; Confabulaciones. Estudios sobre artes y letras hispánicas (2001), coed.; Presencia hispánica en los Estados Unidos (2003), coed.; Hispanos en los Estados Unidos: Tercer pilar de la hispanidad (2004), coed.; Odón Betanzos Palacios: la integridad del árbol herido (2004); España en las Américas (2004), coed.; Locura y éxtasis en las letras y artes hispánicas (2005), coed.; Desde esta cámara oscura (2006), novela; Escritores españoles en los Estados Unidos (2007); Gabriela Mistral y los Estados Unidos (2011), coed.; El español en Estados Unidos: E Pluribus Unum? Enfoques multidisciplinares (2013), con Domnita Dumitrescu; Los amores y desamores de Camila Candelaria (2014), novela; Los académicos cuentan (2014), ed.; El secreto de Artemisia y otras historias (2016).*

*Junto a su pasión por la literatura, Piña-Rosales ha cultivado desde muy joven la fotografía. En sus escritos, las fotografías no se limitan a ser piezas ancillares de la escritura sino que pretenden alcanzar validez por sí mismas, en perpetua dialéctica con las palabras. Y es también a lo que aspira su próxima novela, Voz que clama en el Estrecho, en la que cuenta, polifónicamente, y en tierras de España y Marruecos, una fascinante historia de amor y de odio.*

C.e.: [acadnorteamerica@aol.com](mailto:acadnorteamerica@aol.com)

Don Valentín vivía, con su esposa Lola (profesora de latín) y sus cuatro hijas en los mismos jardines del Instituto, en una hermosa casa rodeada de grandes eucaliptos, pinos y cedros.

Mis primeros años de bachillerato fueron más bien difíciles: solo obtenía buenas notas en las materias que me gustaban: historia (cuyo profesor era don Manuel Segura, siempre dándose aliento con su perilla de asmático); ciencias naturales (con el señor Luna, más sordo que una tapia, a punto de jubilarse); francés (con Mme. Pimentel, alta y oronda, a quien apodábamos Moby Dick); árabe (con don Abdelhued Driss, cuya dentadura postiza le venía grande y le obligaba a hacer unas muecas que al principio nos parecían terroríficas); y claro está, literatura (con el ya mentado López Aguilar). Pero en matemáticas, física y química, disciplinas que siempre me parecieron esotéricas, recibí una y otra vez humillantes y bien merecidas calabazas.

En general no era yo un alumno díscolo, aunque sí recuerdo haber tenido algunos contratiempos en los que don Valentín hubo de intervenir. El primero fue por asuntos de gimnasia. Los jueves por la tarde los dedicábamos al deporte. Unos jugaban al fútbol, otros al baloncesto, otros al frontón. El deporte era una asignatura obligatoria, como la religión y la formación del espíritu nacional. Quien nos vigilaba, silbato en mano, era don Millán, una especie de energúmeno con bigote fascista. Iba del campo de fútbol a la cancha de baloncesto, y de ahí al frontón, pasando lista y dando unos pitidos que a mí me helaban la sangre. No es que yo tuviera nada en contra de los deportes, pero la verdad es que pasarme la tarde dando patadas a un balón o arrojándolo al aro de una cesta no me seducía en absoluto. Así que, siempre que podía, y cuando don Millán estaba dirigiendo, a grito pelado, la tabla de gimnasia que debíamos presentar al final de curso, me escapaba al coto, un bosquecillo de pinos, salvias y rododendros, que había más allá de lo que llamábamos campo de deportes, tras descender por un terraplén a cuyos pies algunos chicos jugaban al fútbol. Los silbidos de don Millán no llegaban hasta el coto. En aquel

bosque encantado, tumbado sobre la rozagante hierba, me enfrascaba en la lectura de alguno de mis libros favoritos: *El conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros*, o la última entrega de Richmal Crompton. Pero un aciago jueves, don Millán me sorprendió saliendo del coto. Allí fue Troya. Sentí la garra de aquel gorila apretándome el colodrillo, mientras me amenazaba diciéndome: “A ver qué le cuentas ahora a don Valentín, pedazo de granuja”. Cuando don Valentín supo de mis bosquimanas escapadas, arqueó las cejas y me lanzó la sentencia: “Como castigo, debes escribir mil veces “*Mens sana in corpore sano*”; cuando lo termines, tráemelo. Después, me señaló la puerta. No había más remedio: me agencí un cuadernillo escolar (de aquellos que traían la tabla de multiplicar en la contratapa) y durante toda una tarde cumplí la condena. Cuando se lo enseñé a don Valentín, este, llevándose las manos a la cabeza, soltó una carcajada: en vez de *mens sana*, yo había escrito “manzana”. Tampoco sonaba tan mal, pensé yo: “Manzana in corpore sano”.

Estoy seguro de que fue por intercesión del morabito que había cerca de mi casa, en el barrio de la Emsallah, que pude pasar la Reválida. En adelante no tendría que vérmelas con raíces cuadradas, ni triángulos escalenos, ni valencias, ni ácidos sulfúricos.

Comenzaba el quinto curso de bachillerato. Y yo era el único muchacho —junto a siete chicas (entre las cuales se hallaba Pilar, una de las cuatro hijas de don Valentín)— que había escogido estudiar Letras. El aula se hallaba en el segundo piso del Instituto, frente a la biblioteca. Tenía grandes ventanales por donde se veían los pinares del coto. Aquella iba a ser nuestra primera clase de griego. El profesor era, nada más y nada menos, que don Valentín. A las 9 en punto de la mañana apareció don Valentín. Confieso que a mí (y me consta que a mis condiscípulas también) don Valentín me imponía un gran respeto mezclado con su buena dosis de miedo, sobre todo cuando arqueaba la ceja derecha, nos lanzaba con sus ojos verdes una penetrante mirada y sus finos labios esbozaban una media sonrisa de ironía.

Al día siguiente, no recuerdo por qué razón, llegué tarde a clase. No me atrevía a entrar, pero don Valentín me vio rondar la puerta del aula y me llamó. Me temblaban las piernas. “¿Qué hora es en tu reloj?” me preguntó rematando la pregunta con una jota que me sonó a estertor de ahorcado. No me dijo más. Todo estaba dicho. Pero esa jota pendería durante mucho tiempo sobre mi cabeza como espada de Damocles. En realidad, pronto me di cuenta de que don Valentín me tenía simpatía. Al fin y al cabo, yo era el único varón en todo el Instituto que había tomado el rumbo de las Letras. Aquel primer año lo dedicamos a estudiar los fundamentos de la gramática griega. Recuerdo cómo se me atravesaban los aoristos y aquellos enigmáticos acentos de media luna. Pero me gustaba. Además, ante mis compañeros me sentía superior por entender aquellas letras exóticas, que recitaba sin venir a cuento. Al principio me fue difícil, pero una vez que dominé la gramática y empecé a leer y traducir la *Anábasis* de Jenofonte, quedé subyugado por aquella lengua remota y a la vez tan cercana a nosotros. Después, pero ya con otro profesor, siguieron la *Ilíada* y la *Odisea*. Pero sin don Valentín no era lo mismo.

Creo que fue por entonces cuando don Valentín regresó a España, a Madrid. Yo terminé el bachillerato (mucho mejor de como lo había empezado) y me trasladé a Granada, en cuya Universidad empecé los estudios de Filología. De vez en cuando me llegaban noticias de la brillante carrera de mi antiguo profesor de griego. A veces descubría en las librerías algunos de sus libros. A principios de los años setenta, emigré a los Estados Unidos. Me doctoré en la Universidad

de la Ciudad de Nueva York. Y años después me nombraron académico de la lengua. «Anda, como don Valentín», me dije.

En el año 1994, en el X Congreso de la Asociación de Academias, que se celebró en la Real Academia Española, volví a ver a don Valentín. Fue un abrazo largo y emocionado. Don Valentín había visto mi nombre en el programa académico, y se había preguntado si ese nombre respondía a aquel alumno de griego que tuvo hacía muchos años en el Instituto de Tánger.

Poco tiempo después viajé de nuevo a Madrid, esta vez para participar en un coloquio en la Casa de América. En primera fila estaban don Valentín y su esposa.

Volví a ver a don Valentín en el Congreso de Academias que se celebró en Puebla de los Ángeles. Me regaló y dedicó varios de sus libros. Al poco tiempo le envié uno de mis libros. Me acusó recibo en seguida diciéndome que le había gustado mucho, que estaba muy orgulloso de mí, etc. «Ahora bien —me advertía—, si algún día publicas una segunda edición procura corregir algunas preposiciones inadecuadas...».

La última vez que estuve con don Valentín fue en Puerto Rico, en otro congreso. Le di el pésame por el fallecimiento de una de sus hijas. Recuerdo que desde la ventana de mi habitación del hotel lo vi caminar cabizbajo, las manos entrelazadas a la espalda. Y el pasado, que nunca lo es, me asaltó de pronto: don Valentín se paseaba bajo la pérgola del Instituto de Tánger, con un libro en las manos; yo me escabullía hacia el coto, a leer, lector furtivo, *Las aventuras de Guillermo el proscrito*.